

cretar que el 5 de octubre se hiciese fiesta á Santa Teresa, como Patrona de España, sin dejar de festejar á Santiago en el mismo respeto. Pero hubo arzobispos y obispos que no se avinieron á cumplir la orden en lo que al patronato se refería. Las fiestas preparadas se deshicieron, apagáronse las luminarias, desbaratáronse los tableros, se recogieron paños y colgaduras, se extinguieron los cirios, y de nuevo quedó en suspenso la disputa. Nótese que cuando esto ocurrió, Teresa de Cepeda no estaba ni aun canonizada: beatificada solamente. El hecho demuestra cuán formidable sería la fama de la insigne mujer, pues aun sin el requisito de la canonización, se podía pensar en hacerla nada menos que nuestra Patrona, y situarla en el mismo rango de la jerarquía que al Apóstol de Cristo, al Hijo del Trueno.

Cuando, poco después, fué canonizada la madre Teresa, el rey—que era ya Felipe IV—insistió con el presidente del Consejo de Castilla para que volviese á proponer á las Cortes el dictamen. Se activó la gestión en Roma, y su Santidad expidió un breve para que se cumpliese lo acordado, «sin perjuicio ni disminución» del patronato jacobeo. Pero aunque al parecer con esto se cortaba la discusión, no fué así: se alzó viva protesta, llovieron críticas, defensas, impugnaciones, papeles de toda índole, incluso satíricos, y el rey se vió forzado á mandar suspender el acuerdo, mientras la cuestión principal se debatía en Roma definitivamente. La Iglesia Compostelana, desde el primer momento, se colocó en actitud de sostener los fueros y privilegios del Apóstol, que eran también los suyos, su excelstitud entre las Iglesias metropolitanas españolas. Al cabo, los partidarios de Santiago vencieron; Urbano VIII mandó quitar y borrar todas las efigies, pinturas, rótulos é inscripciones que pudiesen hacer creer que España tuviese otro patrón más que el Apóstol.

Dos escritos consagró á esta polémica D. Francisco de Quevedo y Villegas, autor en otras producciones muy crudo y desvergonzado, aunque gran parte de su obra tenga sello de gravedad y de misticismo, ó al menos, de una especie de estoicismo cristiano que la lectura de la antigüedad clásica robustece. Quevedo había conseguido, no sin algún trabajo y lucha, porque su nobleza no pasaba de ser la de un hidalguillo de gotera, de aquella montaña de Santander donde son nobles hasta los pedruscos, vestir el hábito y ostentar la ventera de los caballeros santiaguistas; y, al defender al Santo, se hacía lugar, con los demás freires, en la Orden, donde no se le había acogido con entusiasmo, al principio, á pesar de la buena voluntad del monarca. Escribió pues, no sólo el *Memorial* sino una carta á Urbano VIII, anterior al breve decisivo de este Pontífice, y en la cual le pintaba con estilo elegantísimo la obligación en que estaba de «cerrar con las llaves de Pedro la puerta á las calumnias, y desbaratar á los enemigos del Apóstol con la espada de Pablo.» Porque, en efecto, la cuestión, á este terreno había llegado: intervenían en ella las injurias, los insultos, la crítica de la misma santidad, y, hasta un poco de volterianismo anterior á Voltaire, en negación menuda del auxilio prestado á España, en sus horas de mayor lucha, por Santiago, cuyo nombre tantas veces se invocó en los campos de batalla, frente á las haces moras.

No seré yo quien regatee la admiración á Santa Teresa, que tanto nos glorifica á las mujeres; pero, á decir verdad, puesta á votar en el siglo XVII, votaría siempre en favor de Santiago. No es que me parezca inferior Santa Teresa. Me parece diferente, y más universal que española todavía.

Sin duda halagaría mi amor propio, un inofensivo amor propio colectivo, que estuviese á la cabeza de España una mujer, y literata por contera; pero tratándose de la patria, hay que prescindir de nuestras inclinaciones, y reconocer que el primer puesto corresponde á quien de un modo eminente y especialísimo encarna la nacionalidad. Hay en esto, aparte de los problemas históricos, algo que arranca de las profundas raíces del sentimiento, que une y enlaza las almas en la aspiración común. Tal condición se halla en Santiago Apóstol, que por otra parte ni era español, ni tenía ese fuerte sello castizo, castellano, tan nuestro, de la ilustre avilesa.

Con el ingenio y la erudición que á borbotones rebosaba Quevedo, viene á expresar esto mismo en su *Memorial*. Hoy que tan muerto está el debate que apasionó á la España de 1630, la argumentación de Quevedo no ha perdido su causticidad ni su solidez. Empieza recontando los santos españoles que pudieran, en todo caso, disputar el patronato al Apóstol, y su instinto le lleva á nombrar aquellos en quienes precisamente la nacionalidad se cuaja y se cristaliza: San Isidoro, padre de la ciencia, San Hermenegildo, que es la ortodoxia y la unidad, San Millán de la Cogulla, que como Santiago descendía á la hora de

las batallas para pelear al lado de los españoles contra los sarracenos, á Santo Domingo, martillo de herejes, y rival de San Francisco de Asís, al Niño de la Guardia, víctima de los judíos, á San Ildelfonso, arzobispo de Toledo, y á Santa Leocadia, con quienes se alza del sepulcro la España visigótica, á San Pedro Nolasco, que hizo florecer la piedad humana en tiempos duros, y á San Ignacio de Loyola, representación del papel de España bajo el Renacimiento. Admitida por patrona la Santa española, no hay medio de negar el mismo puesto á estos otros grandes santos, españoles también, y, como Quevedo insinúa, aunque entonces no se dijese así, representativos de la misma idea nacional. No otro es el sentido de la expresiva frase: «Que Santiago no es patrón de España porque entre otros Santos le eligió el Reino, sino porque cuando no había Reino, le eligió Cristo nuestro Señor para que lo ganase y lo hiciese.» Lo cual, traducido á la retórica contemporánea, sería poco más ó menos lo que sigue: «De las dispersas y divididas tribus ibéricas, que poblaban un suelo incasamente invadido, campo de batalla de las naciones antiguas, el culto del Apóstol Santiago iba á hacer una nacionalidad independiente, dispuesta á las empresas más altas.»

Y no sólo fué esto Santiago; no creó la nacionalidad solamente; volvió á crearla con la reconquista. Quevedo lo nota, con su energía y felicidad de estilo habituales: «á él deben las iglesias no ser mezquitas, las almas no ser mahometanas ni idólatras, las vidas no ser esclavas, las doncellas no ser tributo. Su nombre apellidado ha valido por ejército; á aquellos pocos cristianos que sobraron á la inundación de los sarracenos, este nombre les fué muro, y los que con Fernán González y el Cid fueron pocos, valieron por infinitos en su protección.» El amor, el éxtasis teresiano, no era sino flor de esa España creada por el gran Apóstol de los combates; y los combates mismos, la lucha vieja y el no menos viejo y tradicional heroísmo, eran los que habían producido tal flor, tal rojo alelí, brotando sobre los férreos muros de Avila; porque la esencia de España se concentraba en el combate, y, como dice también textualmente el autor de los *Sueños*, España y sus reinos son bienes castrenses...

A tiempo que hacía D. Francisco de Quevedo esta defensa de Santiago patrón de España y campeonado por ella, (lo recuerdo no sin melancolía) se eclipsaba la estrella hispánica, no porque faltase el valor, sino por rodadas de la fortuna y vueltas de los sucesos. La fecha triste de Rocroy se acerca, mientras en España se discute el patronato, que siguió discutiéndose muchos años después, hasta entrado el siglo XVIII, tomando parte en la polémica escritores allegados á mi familia, como el canónigo compostelano Sánchez. Si la gloria bastase, hasta se ganó en la jornada por los veteranos de los tercios, que, según el bello dicho de Bossuet, eran torres vivas que ellas mismas se tapaban sus brechas. Verdad que, en alivio de nuestro amor propio, Michelet, que no suele ser blando de corazón con nosotros, confiesa que en aquella batalla, preludio del enfático reinado de Luis XIV, nuestro ejército apenas era español; era una mezcla italiana, alemana, valona, flamenca. El elemento español hizo prodigios. Ni aun el general en jefe, en rigor, era español: era un primo del duque de Braganza, un portugués.

Y, cuando, vencedores, no pudieron, sin embargo, los franceses rendir al «grueso erizo de picas» á la mil veces gloriosa infantería de los tercios, y hubieron de capitular con ella, como se capitula con una plaza fuerte, porque de otro modo la batalla no hubiese terminado sino con la muerte del último infante, firme aun en la agonía sobre su pica asestada contra el enemigo, pareció que Santiago nos abandonaba, remontándose, como una Valkiria, á las nubes, sobre el sangriento campo sembrado de cuerpos palpitantes. Pero Santiago aguardaba su desquite; y si las tropas españolas no le vieron en Bailén y en los Arapiles, no por eso la nacionalidad que el Apóstol encarnaba dejó de revelarse como en los días pasados...

Por eso hubiese yo preferido que á Santiago se le siguiese haciendo fiesta. Acaso este sentimiento mío lo compartirán pocos españoles de los actuales. Mejor.

Santiago no puede descender sin que descienda España. Que le consideren un símbolo, que vean en él algo, fruto de nuestra alma, creación de nuestro espíritu encaminado hacia la guerra como forma suprema de nuestra idealidad, no podemos echar á un lado el símbolo sin renegar de lo más íntimo é intenso de nuestra vida, sin mutilarnos.

Por eso, aunque no se le haga fiesta, floreceremos la imagen del Santo templario, del blanco manto y de la roja cruz.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La Iglesia acaba de suprimir bastantes días de fiesta entre semana, y se habla también de que van á ser suprimidos no pocos días de ayuno y vigilia, fuera del tiempo cuadragesimal. La providencia es excelente; tantos días festivos hacían perder á los obreros católicos, y el precepto del ayuno, realmente, casi no lo acataba nadie.

Oíais decir dondequiera:

—No cabe duda, la naturaleza de la gente de ahora no es como la de la gente de antaño... Antaño se era más fuerte, más robusto... Se sobrellevaba el ayuno mejor... Hoy nos hemos debilitado, andamos flojísimos, y no es posible resistir sin cuatro comidas diarias.

—Yo, habla una señora, generalmente gorda y de color arrebatado, si á las seis me falta mi te y mis pastitas y mi *cake* y mis emparedados, me tiene usted desfallecida toda la tarde, con jaqueca y vértigos... Había usted de oír al médico una vez que le dije que pensaba ayunar toda la Cuaresma. Me preguntó si pensaba suicidarme...

—Yo, exclama una señorita que parece destetada con agua caliente, según está de flaca y amarilla, tampoco ayuno, porque si no meriendo, me entra aflicción. Tengo que merendar, y no crea usted, cosas nutritivas: unas rajás de chorizo, una magra de jamón, lengua á la escarlata, langostinos... No me conviene que se apodere de mí la debilidad; sería un desastre. Y así, por este estilo, se expresa todo el mundo.

Lo raro es que, al mismo tiempo, averiguáis que todos están sometidos á un régimen. Raro será el que no sufra tal ó cual trastorno gástrico. A éste le prohíben una cosa, al otro otra, y nunca se han visto, delante del cubierto, en la mesa, tantos frascos, tatarretes, cajitas de cartón, tubitos de vidrio, zandajas que es preciso echarse al colete, antes ó después de la pitanza.

No se ayuna por precepto religioso, pero sí por higiene. Hay infinidad de personas á las cuales no se les permite comer carne; á otras les están vedados los mariscos, los pescados azules, la caza; á las de más allá, se les prohíbe severamente el pan, las féculas; á las de más acá, las grasas, el vino, y hasta el agua. El Papa habrá pensado que para mantener la costumbre del ayuno, basta la ciencia; no se necesita la fe. O, por mejor decir, basta la fe en la ciencia...

Entre los santos cuya fiesta se ha suprimido, figura Santiago Apóstol.

He aquí un santo que, al menos en España, bien valía la pérdida de un día laborable. Santiago Apóstol no es solamente el patrón de España, sino una figura que va estrechamente unida á sus tradiciones. Si yo tuviese la más mínima influencia en estos asuntos, hubiese intrigado para que el día de Santiago no perdiese un átomo de su solemnidad, y renovaré aquel *Memorial* por el patronato de Santiago que brotó de la pluma de Quevedo.

Curioso debate y pleito fué éste, y aunque hoy no lo recuerde nadie, en su tiempo agitó los ánimos y dió larga tela á discusiones habladas y escritas. No se conocía por entonces la palabra *feminismo*, ni apenas el concepto con el cual se relaciona, pero, por lo mismo quizás, si no había calurosos alegatos en pro de la capacidad femenina, tampoco existían caprichosas y sistemáticas exclusiones antifeministas. Y he aquí como, en el primer tercio del siglo XVII, estubo á pique nuestro suelo de tener por patrona á una mujer, escritora, á Teresa de Jesús, compartiendo con el gran Santo de la Edad Media la protección y la invocación de las que entonces, y por bastante tiempo aun, pudieron nombrarse las Españas.

Por influencia y activas gestiones de los Carmelitas descalzos y de las Comunidades religiosas en general, el rey y el Consejo de Castilla llegaron á de-

Leo
por el
donde
muchí
añade
da tan
vas. Si
qué en
Debi
vida de
sí mism
cación
sexo fu
lla mita
ejercita
rechos
que fun
zación
tener h
riencias
Yo c
meafec
sas des
tabdun
me da
dice pe
mo de
tigma
del mu
Pero si
la cosa
noble c
estas l
una he
á su se
co para
tiese er
cilio, y
Pero d
simo c
no dud
suelen

La tr
temas
el clási
mi en l
proyect
na. Cre
el de h
un pró
lo) y d
satírico
satírico
bebe e
nes en
San Isi
peña el
danza
ganillo
los Viv
coles d
mas de
person
pintore
imitad
falta d
balnea
en las
nado»
reserva
y de la
llano, l
tica á
no des